La nueva diáspora del flamenco

Este mes nuestra revista cuenta con la especial colaboración de un gran conocedor de la expresión popular andaluza, un hombre que recorre la geografía del Estado español en busca del cante y del toque

Camarón de la Isla.

Alcorcón acaba de celebrar, y con una asistencia multitudinaria de público, su IV Noche Flamenca. Es decir, que durante cuatro años consecutivos los responsables de la cultura ciudadana, conscientes, imagino, de que la población allí residente es de aluvión migratorio procedente en primer lugar del Sur de España, se han preocupado de que por lo menos una vez al año, con motivo de las fiestas patronales, Alcorcón tenga un gran festival flamenco al estilo de los que durante el verano proliferan por toda la geografía andaluza. Y lo hacen sin ningún complejo de inferioridad, con grandes carteles por los que han desfilado primeras figuras del cante, el toque y el baile, culminando espectacularmente en esta última edición con la presencia de los dos *cantaores* más caros de la historia del flamenco, esto es, Camarón de la Isla y Cabrero.

No se trata de un fenómeno aislado en nuestro país. El flamenco hace mucho tiempo ya que rebasó las fronteras que podríamos llamar *naturales* de su lugar de origen, para ir arraigando en otros puntos más o menos distantes de allí, creándose incluso núcleos de desarrollo propio como el campo de Cartagena y La Unión, con su fértil gama de los estilos minerolevantinos.

Si en aquel entonces fueron los mineros, desplazándose hacia el trabajo abundante en las nuevas vetas de mineral descubiertas en el Levante, los que propiciaron ese florecimiento sin precedentes de un nuevo foco flamenco alejado de la cuna matriz, motivos sociolaborales indujeron también a la multiplicación de estos núcleos urbanos de ahora en que la afición por lo *jondo* se mantiene viva y, muchas veces, hasta militante. Estoy pensando en la masiva emigración de hace unas décadas, cuando tantos miles y miles de españoles hubieron de abandonar las casas y los pueblos donde habían nacido para buscar trabajo y sustento lejos de allí. Fue la nueva diáspora, en primer lugar de andaluces y extremeños, que llevaron consigo una forma de ser y de estar, un peculiar entendimiento de la vida y la nostalgia lacerante de lo que dejaban atrás.

Atrás dejaban, entre otras cosas, un arte extraño y enigmático, y exclusivamente de ellos, que se llama flamenco. Arte que siempre añorarán, quizás más con la distancia que si nunca se hubieran movido del hogar de origen. Es curioso constatar cómo los movimientos de pueblos se encuentran estrechamente vinculados a momentos cruciales del flamenco. En el principio fueron los gitanos, que en una diáspora que les hizo recorrer medio mundo llegaron a Andalucía y allí, indudablemente, tuvieron algo –mucho– que ver con la creación y el desarrollo del cante. Puede que algún día en el futuro, los historiadores del flamenco, al estudiar nuestra época, traten de averiguar cómo ese éxodo de los andaluces a comienzos de la segunda mitad del siglo XX influyó en la dispersión de lo *jondo* por lugares como Alcorcón, o Fuenlabrada, o L'Hospitalet, en Cataluña.

Porque ocurre que en torno a las grandes ciudades españolas –y también de algunos países extranjeros, pero en ese tema no me voy a detener ahora–, Madrid y Barcelona singularmente, se han construido auténticos cinturones urbanos densamente poblados por gentes procedentes de la emigración, siendo la presencia andaluza muy determinante. Hasta tal punto que a veces uno no oye alrededor más que el habla característica del Sur, y si se abstrae un poco puede perfectamente hacerse la ilusión de que se encuentra en cualquier lugar de Despeñaperros para abajo.

Allí donde hay colectivos andaluces hay afición a lo *jondo*, esto es indudable; mayor o menor, y no muy ortodoxa en general, pero viva. Para atender la implícita demanda que esa población supone es bueno que se celebren festivales como el que sirve de pretexto a este comentario. A fin de cuentas en Alcorcón, o en Móstoles, o en Fuenlabrada, o en Torrejón de Ardoz, o en L'Hospitalet de Llobregat, viven muchos más andaluces que en la mayoría de los pueblos del Sur con festivales flamencos ya clásicos, como Lebrija, Utrera o Mairena del Alcor. No quiero entrar ya en el aspecto interesado de que en un Estado de derecho un ciudadano es un voto, y hay que tener contenta a la *clientela*. No descarto que esto influya, pero lo que parece incontestable es que, gobierne quien gobierne, a la hora de ofrecer cultura y diversión a un pueblo andaluz, tendrá que darle arte andaluz. En definitiva, es un problema de sensibilidad para conectar con las inquietudes y apetencias de quienes nos rodean.

ANGEL ALVAREZ CABALLERO

Madrid, septiembre de 1987